

La muerte en *Las aventuras perdidas*. Un diálogo entre el budismo y la poesía de Alejandra Pizarnik(1)

The death in *The lost adventures*. A dialog between the Buddhism and the poetry of Alejandra Pizarnik(1.)

Hugo Armando Arciniegas Díaz

Investigador del Semillero de estudios literarios de Glotta, grupo de
investigación en literatura, lingüística y didáctica de las lenguas.

Escuela de Idiomas. Universidad Industrial de Santander

Estudiante de Licenciatura en Español y Literatura

Universidad Industrial de Santander

hugo.917@hotmail.com

Artículo recibido el 10 de marzo del 2016

Aprobado el 02 de mayo del 2016(2)

Resumen

En este artículo reflexionamos sobre la relación entre la muerte y el budismo en el poemario *Las aventuras perdidas* (1958), de la poeta argentina Alejandra Pizarnik (1936-1972). En tal sentido, acudimos, entre otros, a los planteamientos de Ananda Coomaraswamy (1877-1947), estudioso de la religión comparada, en torno a la muerte en el budismo *theravada*, así como a las ideas que defiende Taisen Deshimaru (1914-1982), maestro del budismo zen. Con tales referencias, más nuestra interpretación del texto objeto de estudio, demostraremos en esta investigación cómo en *Las aventuras perdidas* se revela la construcción de un sujeto lírico que, una vez que se absorbe en las enseñanzas prácticas del budismo, no solo reconoce su muerte como una consecuencia natural de su no permanencia en el mundo físico, sino que, además, proyecta su muerte como la escapatoria final al mal que tanto teme: la vejez.

Palabras claves: muerte, poesía, budismo, samsara, nirvana, za-zen.

Abstract

In this article we reflect about the relation between the death and Buddhism in the collection of poems *The Lost Adventures* (1958), by the Argentine poetess Alejandra Pizarnik (1936-1972). To this respect, we turn, among others, to the approach of Ananda Coomaraswamy (1877-1947), studious of compared religion, about death in the Buddhism *theravada*, as well as to the ideas about death that Taisen Deshimaru defends (1914-1982), master of Zen Buddhism. With such references, plus my interpretation of the text object of study, we demonstrate in this research how in *The lost adventures*, it is revealed the construction of a lyric subject that, as soon as it is absorbed in the practical educations of the Buddhism, not only recognizes his death as a natural consequence of non-permanence in the physical world, but, in addition, it projects his death as the final way out to the evil he is so afraid of: the old age.

Key words: death, poetry, Buddhism, samsara, nirvana, za-zen.

Introducción

La muerte, conforme el budismo *theravada*, o el budismo adscrito a la doctrina del buda histórico, se relaciona con el principio de la no permanencia en el mundo físico, y por lo tanto rechaza la idea del alma que añora la transmigración como consecuencia de la muerte. Asimismo, también en el *theravada* se cree que tanto el apego a la propia existencia como a la existencia ajena, esto es, la sumisión a los deseos y a las pasiones humanas, así como el *harma* o la atemporal ley de acciones sujetas a la relación entre causa y efecto, ocasionan que la conciencia fluya en un constante ciclo de nacimientos y renacimientos conocido en el budismo con el nombre de *samsara* (Athie Guerra, 2014: 5).

Como respuesta a aquella condena del *samsara*, la doctrina del buda histórico, Siddhartha Gautama (563 a.C-483 a.C), propende por un imperecedero estado de iluminación o *nirvana*, estado del alma en el que se adquiere conciencia de la naturaleza no fragmentada del ser que habita el *Aquí* y el *Ahora*, o sea, del ser que se halla liberado de una vez y para siempre del *samsara*, merced a una vida regida por las Cuatro Nobles Verdades del budismo: “Hay un sufrimiento (*Dukkha*), que tiene una causa (*Samudaya*), que puede suprimirse (*Nirodha*) y que hay una manera de conseguirlo (*Magga*): el ‘Sendero’” (Coomaraswamy, 1989: 67).

El *Sendero* de Gautama, en este orden, también conocido como el Sagrado Óctuple Sendero, consiste en una vida gobernada por una Creencia correcta, unas Aspiraciones correctas, un Lenguaje correcto, una Conducta correcta, un Modo de vida correcto, un Esfuerzo correcto, una Atención correcta y un Éxtasis correcto. *El Sendero* es, así, la vía que el budista emprende en su nacimiento y que culmina solo con su muerte física,

momento donde obtiene como recompensa, si acaso no lo ha obtenido ya en vida, su despertar al *nirvana*, y con este su evasión a los inmortales designios del *samsara* (Coomaraswamy, 1989: 68).

Por otra parte, el budismo zen, escuela del budismo *mahayana* surgida en China en el siglo VII de nuestra era, simpatizante de la práctica del *za-zen* o la meditación en posición auroral(3), niega la existencia literal del ciclo de muerte y de renacimientos. Y, por el contrario, “concibe la existencia como una sucesión de momentos en la cual lo único que existe es el presente” (Athie Guerra, 2014: 23). De ahí que la liberación o *satori* llegue, en el zen, cuando se adquiere conciencia de la no permanencia de todo cuanto integra el mundo físico. Mas ya el *satori*, o la liberación última también llamada *nirvana*, no se halla hasta el final del *Sendero*, como se piensa en el *theravada*, sino durante la propia práctica del *za-zen* (Deshimaru, 1975: 28).

Con todo, tanto el *theravada* como el zen, así como sus escuelas hermanas (budismo tibetano, budismo *shingon*, etc.), ofrecen alternativas a la concepción de la inevitable muerte, uno de los cuatro grandes males de la humanidad, junto con la pérdida de la juventud, la vulnerabilidad a las enfermedades y la sujeción a la vejez, conforme la doctrina del buda histórico (Coomaraswamy, 2014: 23). Tales alternativas son, a grandes rasgos, el Sagrado Óctuple Sendero, en el budismo *theravada*, y en el zen, el *za-zen* o la vida consagrada a la meditación en posición auroral(4).

Ahora bien, las relaciones que puedan establecer los lectores occidentales del budismo—condicionados de forma natural por su cultura— entre las manifestaciones de esta forma de vida y las ligadas a los sistemas religiosos occidentales, entre los que el cristianismo ostenta la bandera principal, suscitarían tal interés de Occidente por las enseñanzas del budismo. No en vano pueden observarse alusiones al budismo en el terreno de las artes occidentales, o de acuerdo con lo que nos compete en este artículo, en el terreno de la literatura occidental, de la mano de escritores como Herman Hesse (1877-1962), autor de la novela alegórica *Siddhartha* (1922), que recrea la vida del buda histórico Gautama, o Julio Cortázar (1914-1984), autor de *Rayuela* (1963), novela relacionada ya por tantos críticos con el budismo zen (5).

Como se sabe, Cortázar es coterráneo y además amigo de la poeta Alejandra Pizarnik (1936-1972). Nacida como Flora Alejandra Pizarnik, ganadora en el año 1969 de la beca Guggenheim (6), esta hija de inmigrantes judíos de origen ruso y eslovaco deja, antes de su anunciado suicidio en setiembre de 1972, la impronta de una poesía con profunda huella, no solo en Argentina, sino en el ámbito internacional de la poesía del siglo XX. Lectora tanto del romanticismo alemán como de los *franceses malditos*, en especial de Rimbaud (1854-1891), la poesía de Pizarnik es, sin embargo, inclasificable. Es autora, entre otros, de los renombrados libros de poesía *La tierra más ajena* (1955), *La última inocencia* (1956), *Las aventuras perdidas* (1958), *Árbol de Diana* (1962), *Los trabajos y las noches* (1955), y *Extracción de la piedra de la locura* (1969).

Tal y como se deriva de su título, en este artículo reflexionamos sobre la relación que existe entre la muerte

y las enseñanzas prácticas del budismo en *Las aventuras perdidas* (1958), obra en la que se adivina una poeta conocedora de las enseñanzas del budismo ligadas a la concepción y la evasión de la muerte, y en cuyas páginas se revela la recreación de un sujeto lírico –que en adelante, y por razones de estricto carácter metodológico, llamaremos *Ella*– que concibe la muerte como un natural tránsito, bien a un estado superior del alma –referido al nirvana–, bien a otra nueva forma de vida, de acuerdo con el *samsara*. Concepción que a *Ella* le acompaña desde su infancia hasta el último momento de su muerte física, la cual, de forma curiosa, no le produce el más mínimo temor, sino que, por el contrario, añora en tanto la piensa como su única escapatoria al mal que en verdad teme: la vejez.

Metodología y Resultados

Ya desde el primer poema de *Las aventuras perdidas*, “La jaula”, *Ella* se muestra consciente del hecho de que su vida se encuentra acompañada, desde siempre y para siempre, por la muerte. De ahí que *Ella* cante: “La muerte se posa desnuda en mi sombra” (Pizarnik, 2011: 73). La muerte se desnuda, es decir, se muestra tal cual es ante quienes desafía, consciente de su poder y de su eterna victoria. La muerte, como es natural, se concretiza en marcas visibles, como las marcas de la vejez o de la enfermedad, y se halla siempre a la sombra de quienes poco a poco se lleva consigo; por ello, el poema finaliza con el verso “Yo me visto de cenizas” (p.73), pues el vestido que ostentan los mortales, aun desde el momento en que nacen, no es otro más que el de la muerte. Tal vestido trae enredados entre sus pliegues los otros grandes males de la humanidad, conforme los planteamientos del budismo *theravada*: la vejez y la enfermedad.

Con referencia a tales males, aun en la vida del buda histórico, el buda Gautama, se lee cómo este despierta a la iluminación, a saber, principia su camino al nirvana, solo hasta el momento en que le son revelados los Signos Sagrados: las visiones de hombres caídos en la vejez, en la enfermedad y en la muerte (Coomaraswamy, 1989: 21). Es entonces cuando Gautama abandona su vida como príncipe de Nepal y encamina sus pasos por el Sagrado Óctuple Sendero. Conforme a ello es necesario que quien se inicie en los planteamientos budistas en torno a la muerte adquiera, entre otras nociones fundamentales, la conciencia de su no permanencia, esto es, la conciencia de que alrededor suyo serpentean, eterna e inevitablemente, los negros brazos de la enfermedad, de la vejez y de la muerte.

Y es justo aquel despertar, en este orden, el que *Ella* experimenta en “La danza inmóvil”, poema en el que manifiesta de qué forma “quiso detener el avance de las manos enguantadas/ que estrangulaban a la inocencia” (Pizarnik, 2011, p.75). De donde se sigue que tales manos enguantadas son, desde luego, las manos de la muerte, y la estrangulación de la inocencia alude directamente a la pérdida de la infancia. *Ella* sabe que la

muerte la acecha, y con esta la vejez a la que tanto teme. Como consecuencia de tal temor, despierta en el sentido budista del término, allí donde anhela, al menos en un primer momento, la detención del avance de aquellas manos enguantadas que estrangulan, de forma tristemente continua, toda la profunda vida que se pierde con el paso de la infancia a la vejez.

Para *Ella*, el principio del despertar tiene lugar en “La danza inmóvil”, así como su primera manifestación en el poema posterior, “Tiempo”: “Yo no sé de la infancia / más que un miedo luminoso/ y una mano que me arrastra / a mi otra orilla” (Pizarnik, 2011, p.76). Como es apenas obvio, si se menciona una otra orilla, se colige la existencia de una primera. Y si se acepta que tal primera orilla es la infancia, la vida que se idealiza en “su perfume de pájaro acariciado”, se descubre cómo en *Las aventuras perdidas* no es tanto la muerte, la otra orilla del cuerpo físico y de la vida, lo que a *Ella* le despierta un profundo miedo luminoso, sino la amenazadora vejez. (7)

En este punto es precisa la siguiente salvedad: la muerte en *Las aventuras perdidas* es un problema menor comparado con el de la vejez. La muerte es incluso, en este sentido, una solución a la vejez, una escapatoria a sus estragos. Ahora bien, no se trata de que desde el budismo se motive la evasión a la vejez o a la muerte. Sucede justo lo contrario: ni a la muerte ni a la vejez se les teme, siempre que el espíritu se absorba en las enseñanzas del *za-zen* o de las Cuatro Nobles Verdades. Ocurre entonces que en *Las aventuras perdidas*, donde ya desde su título se pone a la infancia en un sitio sagrado, en una suerte de idealización de aquello que ya no se posee, resulta apenas natural que se establezca a la odiada vejez como la contraparte de aquella amada infancia.

De acuerdo con lo expuesto, si hay algo que el poemario *Las aventuras perdidas* le deba al budismo, no es la liberación de las pasiones ligadas a la infancia. Si *Ella* estuviese liberada de sus pasiones, no lamentaría la pérdida de su infancia, sino que asumiría el paso del tiempo con una actitud de serenidad semejante a la propia del *za-zen*. En cambio, lo que sí debe *Las aventuras perdidas* al budismo, en concreto a la escuela del *zen*, es la concepción de la muerte como un momento más del *Aquí* y el *Ahora*, donde si: “se tiene que morir, se muere” (Deshimaru, 1974: 59). Pues en últimas la muerte es la única opción que se ofrece ante la vida de quien, como *Ella*, siente un “miedo atroz al futuro incierto y a la adultez que amenazan con masacrar las inocentes certezas de una infancia edénica” (Manzano Franco, 2010: 49).

Entonces, si en *Las aventuras perdidas* *Ella* rechaza la vejez, lo hace en función de su entrega total a la muerte como comprobación de aquel rechazo. Su aceptación de la muerte se trasluce en poemas de corte semejante al de “Artes invisibles”, como la máxima expresión del amor que *Ella* profesa por su infancia: *Con todas mis muertes / yo me entrego a mi muerte, / con puñados de infancia, con deseos ebrios/ que no anduvieron bajo el sol/, y no hay una palabra madrugadora que le dé razón a la muerte, /y no hay un dios donde morir sin muecas.* (Pizarnik, 2011: 80)

Como se desprende de tales versos, *Ella* se aferra a su lejana infancia, la retiene con todas sus fuerzas en sus puños. Mas el problema radica en que, como el agua o la arena, la infancia se le escapa de las manos. A la infancia no es posible que se la retenga, y por tal razón *Ella* piensa en la comunión con la muerte: “Con todas mis muertes/ yo me entrego a mi muerte” (Pizarnik, 2011: 80). Esta anunciada y directa comunión con la muerte se constituye como una fascinación. Luego en *Las aventuras perdidas*, *Ella* incluso no solo no le teme a la muerte, sino que, además, de forma paradójica, la desea en tanto la sabe su única y definitiva escapatoria al mal de la vejez. Su fascinación por la muerte, pues, deriva en *Ella* de su triste fascinación por su infancia extraviada (Suárez Rojas, 1997: 26).

La triste fascinación por la infancia extraviada ocasiona en *Ella* la anulación de todo posible temor a la muerte. Y por si esto fuera poco, tal fascinación ocasiona también que *Ella* desee con ardor su propia muerte, lo que guarda relación, por supuesto, con el zen, donde la anulación del miedo a la muerte constituye en sí mismo la liberación o *satori*. La práctica del *za-zen* propone que lo único importante es el *Aquí* y el *Ahora*, sin que merezca la pena el hecho de que en tales *Aquí* y el *Ahora*, es decir siempre, acontezca la muerte. Concepciones que solo se afianzan, afirma Taisen Deshimaru (1914-1982), reconocido maestro zen, si se comprende cómo “el cuerpo es una ilusión cuando se le entierra (...) Y si comprendemos esto, nuestra vida [la de los practicantes del zen] adquiere nueva fuerza y todo se hace apacible y libre alrededor nuestro” (2002: 62).

Si se entiende el *za-zen* como una práctica ligada de forma tan estrecha con la muerte, o al menos ligada a la total anulación del temor a la muerte, se entiende cómo en *Las aventuras perdidas* (en últimas una creación verbal en la que se adivina una profunda reflexión estética por parte de su creadora) no resulta insensato el descubrimiento en el poema “Cenizas” de una leve alusión al *za-zen*, visto este en cuanto un amplio proceso de meditación similar al que se experimenta durante la creación poética:

Hemos dicho palabras [...] Palabras donde poder sentarnos / y sonreír/ Hemos creado el sermón/ del pájaro y del mar [...] Nos hemos arrodillado / y adorado frases externas / como el suspiro de la estrella, / frases como olas, / frases con alas. (Pizarnik, 2011: 82)

Al igual que para el budista adscrito a la escuela del zen la meditación en posición auroral representa, entre otras nociones, la liberación de las pasiones mundanas, la comunión con la naturaleza o el vencimiento del temor a la muerte, para *Ella* el acto de creación verbal, la comunión con la palabra, representa no solo la comunión con el sermón del pájaro y del mar, o sea, con los lenguajes propios de los diversos fenómenos del mundo, sino además el vencimiento del temor a la muerte. Y es justo esto cuanto le acerca a su escapatoria última a la vejez, en tanto *Ella* se reconoce como parte de los fenómenos del mundo físico sujetos a la no permanencia. Logro que *Ella* alcanza, de manera casual, mientras se sienta sobre sus palabras, de forma análoga

a como el budista zen se sienta, durante el *za-zen*, sobre sus propios pies en posición auroral.

Como consecuencia de la contemplación de los fenómenos sujetos a la no permanencia del mundo físico, Ella adquiere, a su vez, consciencia de su particular no permanencia. En el zen, en este sentido, lo único que existe y cobra relevancia en la vida es el Aquí y el Ahora. Y es por tal razón que Ella canta los siguientes versos en el poema “El despertar” (8): “He consumado mi vida en un instante / La última inocencia estalló/ Ahora es nunca o jamás/ o simplemente fue” (Pizarnik, 2011: 93. Se respeta la ausencia de puntuación del original).

Lo único que importa en *Las aventuras perdidas* es, tal y como se deriva de los últimos versos de “El despertar”, el Ahora que contiene en sí el nunca y el jamás, es decir, el tiempo en toda su vastedad. Y esto recuerda cómo en el zen lo único relevante es el Aquí y el Ahora. Para Ella, el tiempo es apenas un flujo constante, un presente absoluto. El presente es, en este sentido, con lo único que cuenta aquel que, como *Ella*, ha adquirido consciencia de su no permanencia en el mundo, aquel que reconoce, por más triste y fatalista que esto sea, que toda su vida se consume desde siempre y para siempre en un instante eterno.

Si todo el tiempo se consume en un instante, para *Ella* tal instante no es otro más que el de la muerte. Pues en tal momento *Ella*, una vez liberada de forma eterna del mal de la vejez, se halla al fin en la otra orilla que anunciara ya desde el comienzo del poemario: la orilla de la muerte, reverso natural de la infancia y de la vida. No en vano el último texto de la obra tiene como nombre, de forma precisa, “Desde esta orilla”, poema con el cual se completa el tránsito de la infancia a la muerte: Desde esta orilla de nostalgia/ todo es ángel. *La música es amiga del viento / amigo de las flores / amigas de la lluvia / amiga de la muerte.* (Pizarnik, 2011, p.98)

La nostalgia reina en la otra orilla, donde, sin embargo, *Ella* siente la plenitud de los diferentes lenguajes del mundo. *Ella* se libera, pues, de la vejez: su cuerpo ha muerto al fin. Pero lo cierto es que si aplicamos con rigor las enseñanzas del budismo theravada, o aun del zen, a este último poema, diríamos que la nostalgia que *Ella* experimenta –nostalgia por la vida que ha dejado atrás– comprueba cómo, en verdad, nunca se libera de las pasiones y los sentimientos que la atan a su infancia. Y de esta forma *Ella*, tras su muerte, no alcanza el nirvana, sino que apenas experimenta una suerte de plenitud, recreada en la amistad y la comunión de los diferentes fenómenos que percibe –la música, las flores, la lluvia y la muerte–, gracias a que se ha liberado al fin, conforme su pretensión original, del atormentador mal de la vejez.

Conclusiones

En *Las aventuras perdidas* se descubre cómo *Ella* elige, a través del poemario, el camino del *samsara* antes que el del *nirvana*. Pues tras todo su tránsito de la vida a la muerte (que parte del reconocimiento de la muerte y

culmina con la abolición del temor a la misma) *Ella* aún no se ha liberado de las pasiones que la atan a su infancia. Luego el *nirvana*, un estado del alma al que *Ella*, contrario a sus pretensiones originales, ya no regresaría a su tan añorada infancia, no le resulta, en últimas, la mejor opción. O al menos no como, de forma paradójica, sí le resulta el *samsara*, pues tras el proceso de transmigración, su particular alma, por el momento refugiada en la otra orilla, la orilla de la muerte, se apoderaría pronto de un nuevo cuerpo, un cuerpo de infante como aquel que *Ella* tanto deseara en su vida anterior.

En suma, una nueva vida surge como respuesta a la comunión entre la muerte y el budismo en *Las aventuras perdidas*, pues *Ella*, el sujeto lírico del poemario, desarrolla un arduo tránsito de la vida a la muerte, a cambio de liberarse del mal que tanto teme, el mal de la vejez. Para ello se absorbe en las enseñanzas del budismo *theravāda*, y aun del budismo adscrito a la escuela del zen, sobre el reconocimiento de la no permanencia de los fenómenos físicos del mundo, así como sobre las prácticas contemplativas ligadas a la meditativa experiencia del *za-zen*. Sin embargo, dado que todo su tránsito se encuentra motivado por el amor que profesa por su infancia, *Ella* no se libera jamás de las mundanas pasiones que la atan a su vida, de forma que le es vedado, como consecuencia, su ascenso al estado del *nirvana*; mas, en cambio, le son abiertas las puertas a una nueva oportunidad, a una nueva vida de infancia por medio del *samsara*.

Referencias

- Athie Guerra, Y. (2014). La muerte y el proceso de morir en el budismo. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de <http://eprints.ucm.es/29853/1/eprint.%20ucm.%20la%20muerte%20y%20el%20proceso%20de%20morir%20en%20el%20budismo.pdf>
- Attila, C. (1980). “Rayuela y el budismo zen”. En Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 364-366, pp. 456-462. Recuperado de <http://www.cervantesvirtual.com/obra/rayuela-y-el-budismo-zen/>
- Coomaraswamy, A. (1989). Buddha y el evangelio del budismo. Barcelona: Paidós.
- Deshimaru, T. (2002). La práctica del zen. Barcelona: RBA coleccionables. Manzano
- Franco, J. (2010). “La enamorada de la muerte: análisis de una obsesión en las aventuras perdidas de Alejandra Pizarnik”. En Activarte: revista independiente del arte, teoría de las artes, pedagogía y nuevas tecnologías, 3, pp. 47-54. Recuperado de <file:///C:/Users/My%20pc/Downloads/Dialnet-LaEnamoradaDeLaMuerteAnalisisDeUnaObsesionEnLasAve-4046328.pdf>
- Pizarnik, A. (2011). Poesía completa. Barcelona: Lumen. Real Academia Española. (2014.). “Zen”. En Diccionario de la lengua española. Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=cQk9EDs>
- Suárez Rojas, T. (1997) “Alejandra Pizarnik: ¿la escritura o la vida?” En Espejo de paciencia, 3, pp. 24-27.

Recuperado de http://acceda.ulpgc.es/bitstream/10553/3311/1/0234608_00003_0005.pdf

- (1). Citar este artículo como: Arciniegas, H. (2016) “La muerte en *Las aventuras perdidas*. Un diálogo entre el budismo y la poesía de Alejandra Pizarnik”. En: *Revista La Tercera Orilla* (16). Bucaramanga: Universidad Autónoma de Bucaramanga.
- (2). Artículo arbitrado por Isabel Abellán Chuecos. Doctora en Literatura (Tesis) de la Universidad de Murcia – España.
- (3). Afirma Taisen Deshimaru: “El *za-zen* no solo desprende gran energía, sino que es también posición auroral [...] Por la práctica regular del *za-zen* nos es dado (a sus practicantes) convertirnos en hombres nuevos volviendo al origen de la vida” (Deshimaru, 2002: 25-27).
- (4). No en vano el vocablo ‘zen’, transliteración del chino *chan*, que a su vez proviene del sánscrito *dhyana*, significa precisamente “meditación” (Diccionario de la Real Academia Española, 2014).
- (5). Ver, por ejemplo, *Rayuela y el budismo zen*, de Csépp Attila, publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 364-366 (octubre-diciembre 1980).
- (6). Creada en 1925 por la *John Simon Guggenheim Memorial Foundation*, la beca Guggenheim otorga un subsidio a personalidades destacadas en todos campos del saber (ciencias naturales, ciencias sociales, humanidades y artes), salvo en las artes escénicas.
- (7). Por ello cobra valor aun el título del poemario, *Las aventuras perdidas*, donde tales aventuras evocan la infancia, y con esta los juegos y la inocencia que se pierden allí donde acecha la vejez.
- (8). Título que desde luego se vincula con el despertar o *nirvana*, de donde se sigue que en este punto del poemario *Ella* ya ha despertado, en el sentido budista de la palabra.